

EL SIGLO MÉDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

PERIÓDICO DE MEDICINA, CIRUGÍA Y FARMACIA,

CONSAGRADO A LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

MODO DE PUBLICACION Y OFICINAS DEL PERIÓDICO.

Se publica **EL SIGLO MÉDICO** todos los domingos, formando cada año un tomo de más de 830 páginas y doble número de columnas con la portada índice correspondientes.

El precio de la suscripcion es **12 reales** el trimestre en Madrid, **15** en las provincias, **80** al año en el extranjero y Ultramar y **100** en Filipinas. Puede la suscripcion hacerse en la REDACCION, *calle de la Concepcion Gerónima, núm. 14, principal*; en casa de los comisionados de las provincias, y preferentemente por medio de libranza.

RESUMEN.

SECCION DE MADRID.—La sociedad, la ciencia, la profesion.—Todavía más sobre fiebre amarilla; por el doctor D. José de ARGUMOSA.—Historia de una gastritis crónica, curada con el caldo de gallina.—**PRENSA MEDICA EXTRANJERA**—La traqueotomia temporal.—Envenenamiento por la aplicacion local del ácido fénico.—Vicio de conformacion del iris en ambos ojos.—Extraccion de un alfiler introducido en la uretra de un niño de 7 años, por el procedimiento de BOINET, por el Dr. TICIER.—Sobre el uso del cloral en los enagenados; por el Sr. H. VAN HOLSBECK.—**FORMULARIO.**—**MONTE-PIO FACULTATIVO.** Junta de Apoderados. Secretaria general.—**VARIEDADES.**—Cartas prusianas.—Almanaque médico del mes de Enero de 1871.—**CRONICA.**—**VACANTES.**—**ANUNCIO.**—**FOLLETIN.**

MADRID 1.º DE ENERO DE 1871.

LA SOCIEDAD, LA CIENCIA, LA PROFESION.

Al comenzar un año más en nuestra carrera periodística, larga y sostenida en todas sus vicisitudes por el constante favor de nuestros profesores, á cuyo ideal hemos debido sin duda aproximarnos lo suficiente para que obtengan nuestros esfuerzos tan reiteradas muestras de su adhesion y simpatía, bueno será detenernos un momento á contemplar la perspectiva que en su conjunto ofrece el campo que paso á paso vamos atravesando.

Una guerra cruel entre dos naciones poderosas que contribuian en primera línea á los progresos de las ciencias y de la civilizacion; un largo paréntesis en el movimiento científico de gran parte de Europa; la ruina consumada por el momento, sino ya definitivamente, del poder temporal de la Iglesia; la relajacion creciente de la autoridad tradicional; un espíritu cada vez más excitado de libertad y autonomía, propendiendo por su misma exhuberancia al establecimiento de un despotismo consecutivo, de una coaccion democrática que sustituya á la antigua coaccion aristocrática ó central; un pensamiento siempre fijo en los intereses positivos y materiales, y dispuesto á concentrarse en las personas, á nom-

Tomo XVII.

bre del derecho y de la justicia, posponiendo el amor y el sacrificio; una aspiracion, por fin, á vivir intelectualmente del simple análisis racional, como manifestacion adecuada del espíritu que hace tiempo domina á nuestra época: tales son los rasgos morales y materiales que nos presenta en general la parte del mundo en que vivimos; tales son, bosquejadas muy á la ligera, las formas con que en el extranjero aparece el año que acaba de transcurrir.

Limitándonos ahora al recinto de nuestra patria, habrá necesidad de recordar á los lectores de **EL SIGLO MÉDICO** lo que hemos ganado y perdido, lo que hemos variado en todos conceptos durante el año último como consecuencia lógica y natural de los precedentes? Hemos tenido en España libertad casi completa de enseñanza y aun de ejercicio de la profesion; se han establecido nuevas facultades, estas y las numerosas que antes existian se han visto favorecidas por multitud de alumnos, deseosos de obtener el título de médicos; hemos sentido efectos que han podido atribuirse á la libertad de epidemias, reconocida al cabo afortunadamente como libertad perjudicial; la libertad de la higiene ha mantenido en beatífica quietud los reglamentos y prescripciones concernientes á la pública salubridad; el movimiento de la ciencia, lejos de salir de su atonía anterior, ha venido á caer en mayor grado de parálisis, y ni los libros ni las publicaciones periódicas han dado muestras de un vigor científico que se hallara reprimido por viciosas instituciones; ni las corporaciones oficiosas, ni las oficiales, se han distinguido más que antes por sus brillantes resultados; pero en cambio cuantos intereses de las clases médicas se hallan relacionados con la administracion, se han resentido notablemente; hemos visto al Cuerpo de Sanidad militar cada vez más reducido en personal y en importancia; á los profesores que ejercen en los pueblos pequeños atrasados en el percibo de sus haberes; los servicios judiciales exigidos siempre gratuitamente á los profesores, y desvanecida por completo la esperanza de ver cumpli-

da la ley, en cuya virtud se otorgan pensiones á las familias de los médicos que se sacrifican durante las epidemias.

¿Es esto decir que cuadro tan sombrío se deba al planteamiento de instituciones liberales, y que convenga por lo tanto proceder en opuesto sentido, pudiéndose esperar el engrandecimiento de la ciencia y de las profesiones médicas de la política autoritaria, de la tiranía legislativa? No sería lógico asentar ligeramente tan grave consecuencia. Lo que desde luego resulta de la rápida ojeada que acabamos de dirigir al cuadro de nuestra situación, hoy por hoy desdichada más que venturosa, es que teníamos razón al consignar hace dos años en el momento mismo en que se acababa de inaugurar el actual período revolucionario, las siguientes palabras: «La libertad es excelente; pero no es todo: alguna legalidad debe prosperar bajo su benéfico influjo.»

Hubo entonces quien, llevado de una exageración manifiesta, aunque disculpable en la ceguera del momento y en la exaltación de las pasiones, nos replicó. «No teneis razón: la libertad es todo; ella se basta y se sobra á sí misma para engendrar el bien de las naciones y de los individuos.» ¡Indiscreta afirmación, que tácita ó expresamente sirve de bandera á todos los que, por ignorancia ó por mala fé, sostienen utopías que llevan á la sociedad á su ruina! No, y mil veces no: la libertad no es todo; aunque sin ella no se puede vivir, y escatimarla mas de lo justo es como escatimar el aire á la respiración, ó el alimento al cuerpo, ó la idea á cualquier

obra de arte, ó el pensamiento al espíritu. Hay grados y proporciones de libertad sin los cuales nada bueno se consigue, todo se postra y paraliza; pero hay tambien grados y proporciones de libertad con los que todo se destruye y disuelve. ¿Quién nos dará la regla y la armonía? ¿Podremos esperarla de un radicalismo desenfrenado en cualquier sentido? No seguramente: esa regla general tiene un nombre propio, indiscutible, y es el de *moderación*; si bien es cierto que no representa la legítima moderación todo el que quiere, sino el que acierta en cada caso á gobernar sin tiranía y á obedecer sin servilismo.

La libertad no es todo: la libertad absoluta es cero de constitución y de organización en las esferas en que se intenta establecerla; es el no nacimiento ó la muerte para el ser individual; es la discordia y la guerra para el orden social; es la ignorancia en el estadio científico; es, en fin, el caos y la nada en la esfera profesional. La frase completa es: *constituir, organizar libremente*; pero constituir, organizar algo, ó lo que es lo mismo, legislar; ya sea por sentimiento ó ya por reflexión, legislar siempre perfeccionando á cada momento la legislación establecida, en sus pormenores y en su conjunto. La naturaleza legisla suministrándonos sus leyes experimentales; la vida legisla manifestándose en costumbres; la razón legisla consignando con mayor ó menor lucidez las leyes morales y lógicas, absolutas y metafísicas relativamente á las físicas y relativas.

No bastaba, pues, á las profesiones declararlas

FOLLETIN.

JUICIO MÉDICO DEL AÑO.

¡Dos años ha y un trimestre!
Amados lectores míos,
Que en democrática atmósfera
Respiramos y vivimos,
Oyendo vibrar el aire
Con los patrióticos himnos
Que excitan el entusiasmo
De los tontos y los niños,
Y de todos los farsantes
Que cifran su patriotismo
En renegar de su origen
Burlándose de lo antiguo,
Despreciando á los maestros,
Pervirtiendo á los discípulos,
Mermando la autoridad
Del padre sobre sus hijos,
Y en fin, la virtud hollando
Y enalteciendo los vicios.
En estos tiempos de murga,
De tambor, bombo y platillos,
De derechos inviolables
Y deberes en olvido,

En que sirve de peldaño
Para alcanzar un destino
La nota de apostasía,
De impiedad y de ateísmo;
Los modestos profesores
Que ejercemos en partido,
Con amargo desengaño
Y con dolor hemos visto
Las fatales consecuencias
Que á los pueblos ha traído
El sufragio universal,
Con el rudo despotismo
De los nuevos soberanos
Que forman los municipios;
Los cuales patentizando
Sus liberales instintos
Niegan el pago al maestro,
Al cura, al facultativo,
Al boticario, al albeitar,
Y á todo el que tiene título,
Por que ganan sin trabajo
Doble que ellos en su oficio.
Estos sábios concejales,
Representantes muy dignos
De la caterva inconsciente
Que les confiere el dominio,
Opinan que los maestros
Y el sanitario servicio,

libres; esto era simplemente considerarlas mayores de edad, ponerlas en posesión de un derecho, acompañado de una responsabilidad correlativa; eliminarlas de la gran familia del Estado, para que formaran familia aparte, y vivieran solas, independientes, en virtud de sus propios esfuerzos. ¿Lo han hecho? ¿Lo podían hacer?

Desde luego, no podían hacerlo por completo, porque las clases médicas han de tener siempre con el Estado relaciones necesarias que limiten su libertad. La administración de justicia, la sanidad pública, atribuciones que es imposible dejar de conceder al Estado, necesitan indispensablemente el auxilio de las ciencias médicas; la beneficencia oficial, deber imperioso de las sociedades donde no alcanza á satisfacerle la caridad privada, exige también la intervención del médico; las naciones, según parece, no pueden eximirse de tener ejércitos y armada, y ni la armada ni los ejércitos se organizan sin instituciones médicas, no siendo, en fin, menos precisa la medicina para contribuir á la instrucción de los pueblos, privilegiado objeto de todo gobierno que no ve satisfechas por la actividad individual las aspiraciones de su época respecto de este punto. En suma, medicina militar, medicina naval, cuerpo de sanidad civil, cuerpo médico de beneficencia, magisterio de la facultad de medicina, cuerpo médico forense; tales son los lazos que unen íntimamente con el estado á las profesiones médicas, y que ningún sistema de libertades públicas podrá

romper del todo, por más que propenda á relajarlos indefinidamente. Mientras no exceda esta relajación del grado que corresponda á la atenuación de las necesidades comunes por la vigorosa y normal organización espontánea de las sociedades, carecerá de peligro para los médicos; pero en el caso contrario, si las necesidades siguen apremiando y se deja imprudentemente de ordenar y legislar los medios de satisfacerlas, el resultado será funesto: ó los profesores se verán atropellados á nombre de la salvación pública, ó los intereses de los pueblos sufrirán todos los males que son natural cortejo de la improvisación y el abandono.

He aquí la razón por que no podían las clases médicas vivir enteramente solas, independientes, entregadas á sus propios esfuerzos. Algo debían pedir, algo esperar del Estado; y el Estado, ya lo hemos dicho, ó no ha tenido tiempo, ó ha carecido de medios para atender á tan justas reclamaciones. Quizá creía haber cumplido satisfactoriamente su misión con otorgar y sostener la libertad á manos llenas, como si el poder central representante y responsable de una colectividad determinada, hiciera lo bastante *dejando hacer*, garantizando la libertad de obrar bien y de enriquecerse, que es por otro lado la libertad del vicio y la miseria. Quizá también los compromisos, las apremiantes atenciones en que se ha visto envuelto, no le han permitido consagrarse á cuestiones administrativas, que aunque de alto interés, podían parecer secundarias comparadas con las otras.

Siendo libre la enseñanza,
Deben quedar suprimidos;
Reemplazando: al preceptor
Cualquiera de los vecinos
Que sepa poner su firma
Y leer el catecismo;
Al médico, el ministrante
Que maneja el verduguillo
Sangra y pone lavativas
Ventosas y sinapismos;
Y al boticario, el tendero
De aceite y ultramarinos
Que despacha sal de higuera,
Pastillas de malvavisco,
Cremor, magnesia, ruibarbo,
Salvia, romero y tomillo.

Con tan radical reforma
Con progresos tan supinos
Estamos los titulares
De satisfacción henchidos,
Esperando que Esculapio
O cualquier flamante mito
Con caritativa garra
Venga á sacarnos del limbo.

Pero ¡albricias, compañeros!
Que acabó ya lo interino
Y el año setenta y uno
Va á ser próspero y magnífico

Con el monarca italiano
Que regirá los destinos
De esta nación desangrada
Por los vampiros políticos.

Si la república calla,
Si se resigna el carlismo,
Y los unionistas ceden
Dando el juego por perdido,
Marchará la situación
Libre de todo peligro
Por el camino del orden
Con paso firme y tranquilo,
Dejando que en el estadio
Del revuelto periodismo
Luchen con sus opiniones
Los diferentes partidos
Que aspiran (*por nuestro bien*)
A que triunfen sus principios
Para ser embajadores,
Directores ó ministros.

Con paz, orden y justicia,
Y con el libre albedrío
Que innato vive en el alma
Sin deberlo á ningún *cimbrío*,
Podrá brillar nuestra ciencia,
Fuera del campo político,
En academias, en cátedras,
En periódicos y libros,

De todos modos y dejando aparte la acción del Estado, algo han podido hacer las clases médicas usando de esa libertad que se les venía á la mano, acreditando de esta suerte que, si su pensamiento no habia tomado más vuelo, si la asociación, la protección mutua á que hubieran podido aspirar, se hallaban encadenadas, culpa era del veto de leyes opresoras. Más no ha sucedido así: por más que las clases médicas no pudieran vivir *del todo* independientes, no han vivido siquiera con la independencia de que podían disponer, por que no es ciertamente vida la inercia, la postración, de que han dado más muestras que nunca en el año que acaba de concluir. En vano espíritus generosos han llamado á los individuos á la unión, á la confraternidad, al abierto palenque de la discusión pública, al apoyo mutuo, á las grandes y nobles aspiraciones. Es todavía el viento demasiado ligero, ó no disponen muchos de alas bastante seguras, para elevarse tan alto; hemos caído en el cieno del egoísmo, del mezquino interés personal con sus limitados é ingratos horizontes, y los que se arrastran por el suelo ejercen sobre todas las miradas un poder fascinador, que atrofia y entumece la organización mejor templada, que contiene ó descamina los ímpetus de la generalidad, pronta siempre á entusiasmarse por todo lo que es justo, bello y verdadero, porque el bien es el centro inmóvil del que nunca nos arranca por completo el impetuoso torbellino de la discordia, del odio y de todas las malas pasiones.

Ora con las discusiones
Ora con estudios clínicos,
Por medio del microscopio,
Usando los reactivos,
Por la senda vitalista
O por el positivismo.
Las cátedras del colegio
Serán en lo sucesivo
Templos donde se respete
A los maestros solícitos
Que inculcan buena doctrina
Con interés y cariño,
No habiendo aplausos ni voces,
Ni murmullos, ni silbidos,
Ni demanda de indulgencia
Para ignorantes y discolos,
Promotores casi siempre
De la intriga ó el bullicio
Que ahuyenta á los profesores
Justos, severos y dignos.

Como en los años pasados,
Con la bullanga y los gritos
De ¡viva la libertad!
Y de ¡muera el despotismo!
En algunas facultades
Se expidieron á porrillo
Diplomas de licenciado
A patrioterios y amigos,

¿Qué ha hecho entretanto, qué se propone hacer en lo sucesivo EL SIGLO MÉDICO, para contribuir con la pequeñísima parte de influencia que le es dado ejercer, á dar cuerpo á los bienes y á desvanecer los males que el porvenir nos ofrece en perspectiva? EL SIGLO MÉDICO ha comprendido siempre, que como á toda *parte orgánica* más ó menos individual y colectiva, solamente le es dado cooperar al bien común con el consejo, y sobre todo con el ejemplo. Ha reclamado una vez y otra las instituciones que necesitamos; ha emitido su juicio imparcial sobre las reformas, á menudo peligrosas, inoportunas é injustas, que se ha tratado de plantear; ha formado el diagnóstico y pronosticado el éxito de algunos de sus propósitos administrativos, mirados por la gente sencilla como el *non plus-ultra* de las buenas doctrinas; ha avisado oportunamente lamentando que se desoigan sus advertencias y congratulándose con los arrepentidos sin echarles en cara sus pasados errores, y sobre todas estas tareas, no ha olvidado jamás la de trabajar por su cuenta propia, discutiendo, investigando, reuniendo datos y noticias útiles para la ciencia y la profesión, analizando en fin y sintetizando, que es la labor del entendimiento, tan saludable para el alma como el ejercicio muscular para el cuerpo.

Los directores de EL SIGLO MÉDICO no son ya únicamente jóvenes; largo tiempo ha que debieron renunciar á semejantes pretensiones, y que los llamaba viejos algún émulo poco caritativo; pero

No es fácil que en el presente,
Aunque el paso está espedito,
Haya muchos que pretendan
Ese prodigado título,
Que equivaldrá por inútil
A un vetusto pergamino.
Bien que los señores jueces,
Tan blandos y tan sumisos
Con el soberano pueblo
Que pudiera despedirlos,
No darán su aprobación
Bajo influjo terrorífico
A ningún recomendado,
Ni pariente de ministro,
Que en el examen demuestre
Ser un valiente borrico.

De este modo, nuestra ciencia
Ganará en honra y prestigio,
Ganará la humanidad
Y ganará el arte mismo;
Porque el número de prácticos
No será tan excesivo
Y la oferta y la demanda
Quedarán en equilibrio,
Evitándose con esto
Más de un grave compromiso
Al anunciarse vacante
Una plaza de partido,

espíritu y en voluntad se mantienen firmes, y mientras subsistan en tal estado, proseguirán animosos sus tareas periodísticas; ni se cansarán de reclamar el auxilio de los entendidos colaboradores, con quienes siempre han contado, y de todo profesor que experimenté la necesidad de *hacer ciencia*, tarea no tan enojosa ni desprovista de compensaciones, como pudiera creerse á primera vista. Sin tales auxiliares, no diremos que nuestra publicacion no pudiera sostenerse todavía con la reproduccion y compulsacion crítica de los materiales procedentes de aquellos países donde se cultiva con ardor el campo de la medicina; pero no llegaria ciertamente á crearse una ciencia nacional; no llevaria nuestra patria al acervo comun el honroso contingente que depositára ufana en épocas más venturosas, que recuerda con orgullo: los escasos obreros que aun representáran esta aspiracion, no podrian por sí solos realizar más que un bosquejo informe, que así y todo seria preferible á la absoluta inanicion.

Por nuestra parte, si el ánimo no desfallece, nos hallará probablemente la muerte con la pluma en la mano, como al soldado en la brecha que defiende; tenemos fé en el porvenir y en los destinos de esta patria generosa y noble, donde los aciertos del sentimiento curan á menudo los desvaríos de la razon, donde se ama apasionadamente lo bello y lo sublime, donde todo lo grande y bueno tiene un eco profundo, si amortiguado á veces por los gritos del egoismo y por los sofismas insidiosos de la malig-

Que la pretendan cincuenta
Con empeños y padrinos.
No basta un año ni dos
Para deshacer el lío
Que armaron algunos hombres
En su propio beneficio,
Causando á la profesion
Muchos y graves perjuicios,
Pero con calma y constancia
Con circunspeccion y tino,
En el año que comienza
(Precisamente en domingo
Y despues de un gran eclipse
De sol, de justicia y juicio)
Encontrarán nuestros males
Grato y apacible alivio,
Volviendo á tomar la ciencia
Su más seguro camino.
Con la libertad y el orden
Todo nos será propicio:
Los médicos titulares
Tendrán repleto el bolsillo,
Y podrán por prevision
Entrar en el Monte-pío;
Los profesores cesantes
En el periodo interino,
Con aprobacion del claustro
Recobrarán sus destinos;

na serpiente, vivaz al cabo y fecundo como destello de la Providencia, que jamás abandona completamente los destinos de la humanidad.

Con este ideal hemos vivido y con él esperamos morir, y si bienaventurada es la muerte que sorprende al justo en la limpieza de su conciencia y en la exaltacion de su fé, digna será tambien de una vida consagrada al trabajo, la que sorprenda al artesano de la ciencia en medio de su taller, rodeado de sus obras, que frágiles ó duraderas, acabadas ó toscas, son de todas suertes las hijas de su alma.

Sin hiel en el corazon, ni deseos ni esperanzas de engrandecimiento personal, con el desinterés que permite juzgar imparcialmente, movidos solo por el amor á la ciencia y á la profesion, por una necesidad intrínseca de trabajo intelectual, que ni siquiera juzgamos más meritoria que la necesidad de movimiento que agita á las personas de vigorosa musculatura, los que escribimos *El Siglo Médico* continuaremos en lo sucesivo aumentando nuestros esfuerzos en proporcion de las dificultades, y solo pedimos á Dios que nos conserve las fuerzas, y á nuestros comprofesores que nos sigan dispensando benévola acogida.

¿Qué satisfaccion nos resultará seguramente de aquí? La de haber cumplido nuestro deber. ¿Qué otra mayor pudiéramos obtener? La de engendrar con el ejemplo otras actividades más vigorosas y productivas, que realicen nuestro ideal en el mundo,

En los grandes hospitales,
Prévio superior permiso
Y con provecho de todos,
Se harán los estudios clínicos;
Habrá médicos forenses
De audiencias y de distritos
Que cobrarán sus derechos
Como ilustrados peritos;
Se nombrarán directores
De lazaretos marítimos
Que velarán en los puertos,
De focos y cloaca limpios,
Para que no vengan buques
De Cuba y de Puerto Rico
Con el cólera azulado
Ni con tifus amarillo;
Y los médicos contentos,
Satisfechos y convictos,
A la situacion futura
Entonaremos un himno,
Dando vivas al monarca
Ó á los honrados ministros
Que nos saquen, Dios mediante,
Del presente laberinto.

Villavieja 1.º de Enero de 1871.

BENITO REVANA MENA.

como procuramos nosotros realizarle en la parte que se halla á nuestros alcances.

TODAVIA MAS SOBRE FIEBRE AMARILLA,

POR EL DOCTOR

DON JOSE DE ARGUMOSA.

Sr. Director de EL SIGLO MEDICO.

Muy señor mío: á medida que he ido comunicando á usted mis impresiones sobre la fiebre amarilla, voy viendo que, á pesar de mi poca afición á ocuparme de materias cuestionables, me he metido en una de las que más lo son, y que más han dado y darán que hacer á los médicos; pero ya no es tiempo de retroceder, y á riesgo de ser importuno á V. y á los lectores de EL SIGLO MEDICO, le dirijo esta carta, que creo será por ahora la última, acerca de lo que pienso de la enfermedad que nos preocupa.

Siguiendo las consecuencias de mi modo de ver respecto de los dos grupos en que aparecen divididas las enfermedades, uno que podría llamarse de enfermedades por causas físicas, ó químicas ú orgánicas, y otro por causas específicas, se advierte desde luego que cada vez que los individuos en circunstancias semejantes se hallan bajo la influencia de las causas indicadas en el primer grupo, su estado fisiológico se modifica de un modo análogo, aunque vário en la forma, y así es que la supresión de la traspiración por causa del frío prolongado siempre es seguida de fenómenos morbosos que se caracterizan por un estado catarral en sus múltiples formas: al uso continuado de las preparaciones mercuriales sobreviene en todos los individuos el tialismo; los actos fisiológicos continuados llegan á ser causa de enfermedad en algunos oficios, etc., pudiendo afirmarse que por más que haya organizaciones que resistan mucho á estas causas, ninguna se exime de padecer sus consecuencias.

No sucede lo mismo con las enfermedades que califico de específicas. —Vemos que hay muchos sujetos que resisten la influencia de estas causas, hallándose, según todas las apariencias, en idénticas condiciones que otros que contraen las enfermedades que aquellas determinan, siendo estos hechos los que han aducido en todos tiempos en apoyo de su opinión los anti-contagionistas, que han llegado á negar la cualidad de contagiosas aun á las que más evidentemente se propagan de este modo.

Yo quisiera saber explicar esta inmunidad de muchos sujetos para ciertas enfermedades, pero he de confesar mi absoluta ignorancia en el particular, y como es mi parecer, que respecto de lo que no se sabe debe hablarse lo menos posible, y que en caso de emitir alguna opinión ha de ser tomada en los mismos fenómenos que no pueden menos de hacer formar alguna, por abstracta que sea, á todos los que nos dedicamos á ciencias fundadas en la observación de los hechos, á ellos me referiré, y aunque parezca que siento una teoría, entiéndase que no es sino la traducción que mi corto entendimiento hace de mis observaciones prácticas acerca de la fiebre amarilla.

Pasa como cierto que esta enfermedad no es contagiosa en la Habana, y yo ni extraño esta opinión ni la impugno, por más que crea que la fiebre amarilla es siem-

pre y en todas partes contagiosa. —En cuestiones como esta, que en último resultado han de reducirse á las opiniones particulares, sin poderlas fundar en pruebas físicas ni matemáticas, sino en ratiocinios más ó menos lógicos, jamás tengo la esperanza de llevar el convencimiento al ánimo del que piense de distinto modo; y creo que á los que no tienen opinión formada, no les queda otro arbitrio que someterse á la de la mayoría de los que hablan de una materia, fundados en la experiencia desapasionada.

Encuentro muy natural que los médicos americanos que solo han ejercido en las localidades donde es endémica esta enfermedad, no la crean contagiosa, pues el hallarse todos los individuos sometidos á las influencias locales que la producen, hace inútil buscar otra causa, y aumenta las dificultades de comprobar el carácter contagioso del mal. Así es, que al empezar yo á ejercer en la Habana, creía que no había que contar para nada con el contagio; pero ya desde el primero de los cinco años que tuve á mi cargo una sala en aquel Hospital Militar, me llamó la atención que era muy frecuente que cuando entraba algún enfermo de fiebre amarilla, la contrajeran varios de los que habían entrado con otras dolencias, y que se entretuviera así algunas temporadas, invadiendo y arrebatándose convalecientes de otras enfermedades; y como esto sucedió muy amenudo en aquellos cinco años, indagué, en los dos últimos, la proporción en que se hallaban los invadidos en los cuarteles con los que lo eran en mi enfermería, y no me cupo duda de que por cada uno invadido en los cuarteles, tenía yo dos ó tres en mi sala. Otro tanto, aun que no con datos tan exáctos, advertí en mi práctica civil, pues veía con frecuencia que cuando los muchachos amigos de un enfermo venían á visitarle, era muy común que cayera con la fiebre alguno ó algunos de los visitantes; lo que por ser de observación frecuente, ha hecho suponer allí, á mi juicio sin fundamento, que el miedo ó cualquier afección deprimente predispone á contraer el vómito. También he visto que la proporción de médicos que padecen la fiebre amarilla, entre los que van de Europa, es muchísimo mayor que la de oficiales del ejército que no tienen que hallarse en contacto con los enfermos.

En tan débiles cimientos basa mi creencia de ser la fiebre amarilla contagiosa aun en la Habana; pero como he observado, no solo desapasionadamente, sino algún tanto preocupado en favor de ideas contrarias á las que hoy profeso, mi convicción es tan profunda como es dable en materia tan oscura.

También está muy generalizada entre los médicos americanos, la creencia de que lejos de ser la fiebre amarilla una enfermedad miasmática, debida á entes misteriosos (que en efecto lo son, toda vez que no han sido demostrados), su desarrollo se debe á modificaciones fisiológicas, (igualmente misteriosas, puesto que tampoco se han demostrado), que se producen en el organismo de los que aportan á aquellas playas procedentes de regiones templadas.

Aunque no es mi ánimo impugnar ninguna opinión, haré sin embargo algunas observaciones á esta. Es un hecho indudable que las invasiones de fiebre amarilla son en general, tanto más graves cuanto más reciente el arribo de los invadidos, muy rara después que se ha pasado un año en la Habana, y que son muchísimos los que contraen la enfermedad antes de los ocho días de su llegada, plazo que me parece muy corto para

que ninguna modificación fisiológica, no demostrada, pueda ocasionar mal tan grave. Además, ¿no hay otras muchas localidades en análogas circunstancias topográficas y climatológicas, y muchísimas en Africa y Asia, donde el calor y la humedad son mucho mayores, y donde sin embargo nunca se ha observado esta endemia? — Nada prueba estas perturbaciones en la fisiología de los invadidos; la autopsia nada demuestra, ni nada enseña, como no sea la amarillez del tejido conectivo y la descomposición de la sangre, pues la degeneración grasienta del hígado no es constante, y puede como los demás fenómenos ser consecutiva á la enfermedad.

Si la fiebre amarilla fuera una enfermedad, resultado de perturbaciones de las funciones, debidas á la influencia de la localidad, esto podría ser un fundamento para alejar la idea del contagio y de los miasmas infecciosos, pero pondría en mayor embarazo para justificar el que no fuesen invadidos la mayor parte ó todos los que llegan á aquellas playas y que se encuentran en las mismas circunstancias que los que la contraen; dificultad que no se halla observando atentamente los hechos, que demuestran que esta enfermedad se comporta como todas las miasmáticas y contagiosas, en que se vé, aunque no pueda uno darse razón de la causa, que la mayor parte de los sujetos son refractorios á la enfermedad. — Por otra parte, la fiebre amarilla ataca á los individuos de raza caucásica ó cruzados con ella, nacidos en las mismas latitudes en que es endémica, al paso que no se observa en los chinos que vienen de un clima más templado, ni en los indios de Yucatan ó los negros de Africa que proceden, aquellos de localidades análogas, y estos de un clima más ardiente; y estos hechos alejan más de la idea de asignar á la enfermedad que nos ocupa una causa no específica, y á mi parecer se explica más satisfactoriamente admitiendo semejante causa.

Es evidente que la fiebre amarilla tiene predilección por la raza caucásica, y los individuos procedentes del cruzamiento con ella, al paso que se observa que gozan de inmunidad los nacidos y constantes habitantes de las localidades donde reina endémicamente. También parece comprobado que las razas, amarilla, negra y colorada, están exentas de ella, por más que algunos apreciables médicos hayan creído verla algunas veces en individuos de estas razas.

De estos hechos arrancan dos cuestiones que no tienen resolución con el estado actual de la ciencia: 1.ª ¿por qué los nacidos en la Habana, por ejemplo, no padecen la fiebre amarilla?; 2.ª ¿por qué no la padecen los chinos, los negros y los indios americanos? Pero aunque estas cuestiones no puedan contestarse satisfactoriamente, no podemos dejar de pensar en ellas y de fijarnos en analogías, que mientras hallamos mejores razones parecen venir en apoyo de nuestro dictamen.

Yo creo que, así como el organismo llega á hacerse refractario á la acción de muchas sustancias orgánicas que son tóxicas para los no habituados á ellas, puede suceder lo mismo con el agente que produce la fiebre amarilla á los que desde su vida intra-uterina están acaso bajo su influencia; y creo también que el organismo humano tiene una facultad repulsiva ó destructora contra el miasma de la fiebre amarilla, puesto que la mayor parte de los europeos que respiran aquella atmósfera, no son invadidos.

Con respecto á la inmunidad de las otras razas, aun-

que no se hallan analogías formales en otras enfermedades, es sin embargo indudable que la viruela y el cólera tienen una marcada predilección por los negros y los hijos del celeste imperio, y he visto que aunque los negros de las fincas rurales están más espuestos á las emanaciones palúdicas, padecen con menos frecuencia las fiebres intermitentes.

Considerando la fiebre amarilla como una enfermedad parasitaria, no deja de tener análogas en estas preferencias de raza, en muchas enfermedades palpables del reino vegetal. Todos los botánicos saben que algunas plantas y animales parásitos se fijan solo en determinadas familias de vegetales, y que algunas no se encuentran si no en determinadas variedades de una misma familia. Presintiendo un ejemplo muy comun en nuestras provincias del norte, citaré el de la enfermedad llamada por los labriegos cáncer del manzano, que no es otra cosa que la destrucción de la albura de los manzanos exclusivamente de la casta ácido-sacarina por un gusano como una regular oruga que no se encuentra en otras castas de manzanos, al paso que el parásito vegetal que llaman muérdago es muy comun en la raza de manzanos de sidra, y no le he visto en los de raza reineta.

Así es que mi razón no repugna que haya enfermedades que ataquen solo á una raza de la familia humana, y mucho menos considerando causa probable de ella á seres vivientes que no pueden desarrollarse si no en organismos dotados de cualidades desconocidas, pero necesarias para su evolución.

He dicho, tal como me ha saltado á la pluma, lo que pienso acerca de la etiología y medios de trasmisión de la fiebre amarilla; he divagado quizá: habré sentado proposiciones aventuradas, nada de esto negaré ni defenderé, solo afirmo, que el estudio de esta enfermedad, que desde el principio de mi práctica estimuló vivamente mi curiosidad científica, no me ha enseñado más que lo que digo, de lo que solo dos extremos abraza mi convicción más profunda: 1.º que la fiebre amarilla es natural de las costas del mar caribe, y seno mejicano; 2.º que fuera de aquellas costas se propaga únicamente por contagio.

Ruego á V. Sr. Director me dispense que haya ocupado á V. y á su apreciable periódico más de lo que merecen mis desaliñadas producciones, y ordene á su atento seguro servidor Q. B. S. M.

JOSÉ DE ARGUMOSA.

Madrid 28 de Noviembre de 1870.

HISTORIA DE UNA GASTRITIS CRÓNICA, curada con el caldo de gallina.

El epígrafe con que encabezo esta historia, tiene algo de original, y siquiera no sea más que por eso, espero que la concederán Vds. un lugar en las columnas del SIGLO MEDICO, con quien estoy en deuda hace bastante tiempo.

Deseo también, por este medio, que mi nombre, ya borrado de la memoria de los lectores de dicho periódico, reaparezca en el mismo, para que los muchos amigos que en el número de ellos cuento, vean que aun no he muerto para la ciencia, y que apesar de mis dilatados años late mi corazón por los progresos de ella.

Mi trabajo carecerá, no lo dudo, del interés que hoy

inspiran los adelantos de la medicina, porque mis atenciones en otro sentido, han sido una rémora constante para seguirlos: pero por defectuoso que sea, no dejaré de ser la fiel espresion de mis observaciones desnudas de toda pretension y guiadas tan solo por el amor á la verdad.

Yo habria, sin embargo, continuado sirviendo con mucho gusto á esa redaccion, si no me hubiera persuadido de que no podia ir al paso de sus sábios colaboradores, y si la luz que de sus escritos se derrama, no me hubiera deslumbrado hasta el punto de no distinguir ya el camino por donde marchan. Y bien se concibe sin gran esfuerzo que cuando del ánimo del escritor se apodera una idea semejante, se hace incapaz de emitir ningun pensamiento que guarde relacion con la altura á que han llegado los conocimientos de la época; porque el temor de quedarse muy por debajo del nivel de ellos ahoga sus inspiraciones y le reduce á la situacion más lamentable.

Con tan desfavorables auspicios, paso á exponer la historia anunciada.

Doña C. C. de A., natural y vecina de la ciudad de Montilla, provincia de Córdoba, de 60 años de edad, de estado casada y madre de varios hijos, de temperamento linfático-nervioso é idiosincrasia gastro-hepática, bastantemente bien desarrollada y de vida activa, venia padeciendo desde la pubertad un vicio erisipelatoso que se manifestaba de preferencia en el rostro, y á la vez ciertos estados pletóricos que la producian disuria y aun retencion de orina, cuyos fenómenos cedian como por ensalmo con la dieta, las evacuaciones de sangre generales y los refrigerantes. A los padecimientos dichos se agregó hace dos años, sin causa conocida, un reumatismo artrítico, que ora ocupaba los maleolos, ora tanto las rodillas. Aparte de estos accidentes, que la enferma soportaba sin mucha molestia, ninguna otra cosa hacia temer por su salud, hasta que, al levantarse una mañana del mes de Noviembre del año próximo pasado, se sintió acometida de vértigos, que la obligaron á acostarse de nuevo. Dos veces intentó despues dejar el lecho y otras tantas se vió obligada á volver á él, porque segun decia, se le andaba todo al rededor y no acertaba á dar un paso. Hizo otra tentativa igual á las anteriores, y como no sintiera por esta vez novedad, se levantó para no volverse á acostar en todo el dia, que lo pasó bien, desempeñando durante él los quehaceres domésticos propios de su clase.

En la tarde del mismo dia, al salir de casa de esta señora de paseo con su señor marido, como lo tenia de costumbre, me paró para decirme lo que la habia pasado, temerosa, sin duda, de que la repitiera; y reconociendo, aunque de paso, como causa de ello, más bien un aparato saburral, que sanguíneo, la dispuse cuatro onzas de la pocion angélica clarificada.

A la tarde del siguiente dia volví, aunque de paso tambien, á verla, y como me dijese que tenia allí la purga, que no habia tomado por no haber sentido novedad, reconociendo que aun podria tenerla por subsistir la causa que me indujo á mandársela el dia anterior, la aconsejé la tomara, puesto que, á mi ver, nada podia aventurar en ello.

Pasaron 23 dias sin que supiera el estado de dicha señora, no obstante haber seguido yendo todas las tardes á su casa para dar el paseo acostumbrado con su señor esposo, hasta que al cabo de ellos, se me invitó por su señora hija, para que subiera á verla. Subí y al

verla trabajo me costó el conocerla, tal era la trasformacion que en el discurso de aquellos dias se habia efectuado en su persona: un tinte cetrino, salpicado de manchas rojas, bañaba su rostro, que además estaba descarnado, ofreciendo la imagen del padecimiento; su mirada, aunque triste, tenia algo de indiferente y confiada; sus cabellos, encrespados y como revueltos, indicaban, no obstante, lo preocupada que se hallaba de su mal, por el descuido en que aparentaba tener su persona; estaba sentada en una butaca, y su ropa ceñida al cuerpo, permitia apreciar el estado de consuncion á que habia llegado; apenas podia incorporarse, porque amagaba á caer; tenia los lábios encendidos y la lengua roja en su punta y bordes, y cubierta en su cara superior de una capa blanquecina muy delgada; escupia una saliva espesa y glutinosa, y frecuentemente tambien daba alguna arcada, seguida casi siempre de vómito de una linfa como albuminosa algun tanto amarilla, por la repugnancia, sin duda, que la causaba el humor salivar en la boca, cuya mucosa estaba como macerada por el mismo, y sembrada de pequeñas úlceras; tenia, sin embargo, alguna sed, pero tan luego como tragaba el agua ó cualquiera otra bebida la devolvía, y lo mismo sucedia si tomaba alguna sustancia masticable: nada absolutamente nada admitia su estómago, cuyo estado hacia contraste con el de los intestinos, los cuales, al parecer, estaban completamente sanos, pues las deposiciones ventrales se hacian con regularidad, y tocado el vientre, se presentaba indolente y undoso en toda su extension; la orina, por el contrario, era de un color anaranjado tan subido, que parecia sangre, y en el fondo del vaso en que se hallaba depositada, dejaba un sedimento muy espeso, que se parecia al polvo de ladrillo mezclado con agua; su pulso era frecuente, duro y algun tanto lleno, habida consideracion al estado general, y la piel, aunque seca, no tenia aquel calor y aridez que suele imprimir en ella esta clase de padecimientos.

Interrogada por mí por la causa que motivara el cuadro morboso que á mi vista se ofrecia, me contestó que no habia sido otra que la purga que la administré, de la cual dijo que solo habia tomado una parte, pues que la otra la arrojó al tragarla; pero que lo que pasó, obró con tanta actividad que la produjo violentos dolores de vientre, deposiciones líquidas de sangre y moco, y tenesmo; que desde entonces perdió el apetito y el estómago se negó á recibir cuanto tomaba. Esto se me dijo por la paciente; pero por sus allegados supe tambien, que antes de aquella ocurrencia, más que comer, deboraba; que á dicha perturbacion habian precedido y acompañado dolores reumáticos de las rodillas y los tobillos, que combatió por sí y ante sí con fomentos de agua-vejeto á la parte dolorida, y que últimamente, para vencer la desgana que tenia, habia forzado el apetito con toda clase de alimentos, aun los más contrarios á su estado.

En vista de lo que ocurría, y de los antecedentes que se me daban, diagnosticué el padecimiento de una *gastritis crónica*, y en su virtud ordené un golpe de sanguijuelas al epigastrio, seguidas de cataplasmas emolientes á la misma region, el uso de las bebidas atemperantes y la dieta vegetal.

A beneficio de estos medios la fiebre mitigó algun tanto, las náuseas y los vómitos se hicieron mas raros y la sed se aplacó tambien; pero no así el tialismo, que siguió con la misma ó mayor frecuencia, ni tampoco la orina

que no cambió de aspecto. Mas aunque las evacuaciones por arriba no eran tan frecuentes, seguían, sin embargo, arrojándose cuantas sustancias se tomaban, ya fuesen líquidos ó ya sólidos: ni las bebidas atemperantes, acídulas ó gomosas, ni los antiespasmódicos, ni los opíacos, ni cuantos medios inventó el arte contra este fenómeno, fueron bastantes á reprimirlo.

Quedaba, no obstante, por oponerle la revulsión, con el doble objeto de atraer hácia la parte primitivamente afecta la irritación ó la causa, cualquiera que fuese, del reuma, de que apenas quedaban vestigios; pero la enferma la rehusó y solo consentía por momentos los sinapismos, á quienes no daba tiempo bastante para obrar.

Así las cosas, é imaginando que tal vez el caldo que antes rechazara, calmada algun tanto la irritación, se admitiría ahora, dispuse que en pequeñas cantidades, y observando sus efectos, para continuar con él ó dejarlo, se la diera el de pollo, como el más ténue y más fácilmente asimilable; mas habiéndolo en parte rechazado también, con la esperanza todavía de adelantar algo más por este camino, ordené que se le cambiara por el de gallina, ajustándose para su administración á las mismas reglas que establecí para aquel.

Hízose como lo había prescripto, y mi sorpresa fué tan grande como agradable, al saber el día siguiente que la enferma había tomado algunos pozuelos de él, sin devolver ninguno de ellos. Con tal precedente, establecí sobre esta base el tratamiento, y para reanimar algun tanto más las fuerzas digestivas dispuse, además del caldo de gallina, un ligero aromático, que me pareció por esta vez muy indicado; pero ni este, ni los amargos, á cuyo uso me inclinaba el excesivo tialismo, produjeron el efecto que esperaba, antes por el contrario recrudecieron los vómitos y encendieron más la fiebre, que de ningún modo mitigaban tampoco la dieta ni los atemperantes. Fué necesario, pues, renunciar al plan antiflogístico y al estimulante, y limitarse para toda medicación al uso del caldo de gallina, con exclusión de cualquiera otro, pues el estómago no admitía sino que aquel. Con su auxilio (base moderando la fiebre y haciéndose más raros los vómitos, mejorándose también el estado de la orina, que cual un verdadero barómetro indicaba fielmente los grados de la enfermedad; pero como el alimento que bajo aquella forma se daba no era suficiente á reparar las fuerzas, y por añadidura la salivación lejos de disminuir iba en aumento, temerosa la familia de que esta situación viniera á parar en un fin funesto, y para cumplir con las conveniencias sociales á que la sujetaba su rango, me propuso una junta de facultativos que yo acepté de muy buen grado.

Convenidos en el día y hora en que había de tenerse esta, se verificó á presencia de los interesados, y conformes todos mis compañeros con mi diagnóstico y plan curativo por mí empleado, se dispuso á mi propuesta el uso de la pomada estibiada en el epigástrico y la continuación del régimen establecido, puesto que la experiencia había hecho conocer que era el único aceptable.

Todo parecía esperarse de la revulsión acordada; pero aun que se estableció de una manera bastante enérgica y duradera, si bien que después de mucho insistir en ella, sus efectos fueron del todo nulos si no que perjudiciales. Solo el caldo de gallina era lo que quedaba del tratamiento, y de él no podía pasarse sin que se exacerbaban todos los síntomas, y esto que parece una paradoja es tan cierto que cuando se sustituía con otro ó se le adi-

cionaba lo más mínimo, al instante se daba á conocer en el pulso y en las orinas.

¡Triste es la suerte del facultativo que lucha con una naturaleza refractaria á todos los medios de curación! Pero ¡ay de aquel que, conociendo el padecimiento y penetrado de la índole de él, desconfía del buen éxito de sus esfuerzos y se lanza en una vía desconocida para buscar á la ventura lo que no encuentra su razón! Sucédele lo que al marino que en revuelta mar abandona el timón de su nave y se entrega al embate de las embravecidas olas, con la esperanza, aunque remota, de que el empuje de alguna de ellas lo arroje á seguro puerto. En el caso presente es verdad que con la medicación negativa y el régimen alimenticio establecido,

sin principios asimilables suficientes á reparar las pérdidas sufridas y que venían sufriendose, no podía aspirarse á un restablecimiento completo, ni mucho menos, antes por el contrario, de día en día las fuerzas iban debilitándose más y más, y era de esperar que al fin se agotasen del todo y la enferma sucumbiere al peso de la inanición, pero hallaba menos inconveniente en correr este riesgo que en tentar otros medios que pudieran precipitar aquel resultado. Para obrar de esta manera, tenía muy presente aquel precepto de Hipócrates, *quo natura, vergit eo ducendum*, y también el sábio consejo de Gaubius, *mellius est sistere gradum, quam progredi per tenebras*, y así es que persistí aun si se quiere con temerario empeño en el plan dicho, confiado en que por las misteriosas evoluciones de la naturaleza se abrirían nuevos horizontes donde hacerse la luz. Más no obstante mi perseverancia, me hallaba á cada paso contrariado en mis disposiciones y tenía que armarme de toda paciencia para no abandonar mi obra. Eran dos enemigos con que tenía que luchar, la enferma y sus asistentes y la enfermedad. Cuando creía tener echado los cimientos de aquella, lo veía derrumbarse á impulso de algun exceso en la alimentación ó de otro género. Así la calentura se hizo decididamente hética, sobrevinieron los delirios al menor esfuerzo que para levantarse ó defecar hacia la enferma, la estenuación llegó al último grado y su abatimiento era tan grande que había caído en una especie de sopor.

Viendo el peligro que corría su vida me decidí á que se adicionara al caldo que tomaba algunas gotas de vino; pero ya fue se que esta se diera en mayor cantidad que por lo mí dispuesta, ó ya que, como todas las demas sustancias hasta entonces ensayadas, lo rechazara aquella naturaleza particular, ello fué lo cierto que hubo necesidad de abandonarla, por que si bien el pulso se reanimó, los recargos febriles acrecieron y los fenómenos cerebrales que parecían atestiguar el colapso ó la postración, se revistieron de un carácter congestivo mil veces peor. Con semejante motivo volvió á quedar la alimentación de la enferma reducida al uso exclusivo del caldo de gallina, que últimamente solía alternar con algunas buchadas de horchata de pipas de melon, de las cuales unas tragaba y otras expelia; y á pesar de la insuficiencia de aquella y de los mortales accidentes que de vez en cuando sobrevenían, por su medio fué cediendo la fiebre y mejorándose el aspecto de las orinas. Seguía, no obstante, la salivación ó el tialismo en la misma ó más copia que antes; pero este no fué inconveniente para que se aumentara la dosis del caldo á proporción que el movimiento febril iba bajando, alejándose así el peligro en que ponían la vida los desmayos ó delirios; y cuando conocí que aquel estómago, tan

débil como irritable, podía admitir más sustancias ó alimentos, ordené que el caldo de gallina se reemplazara por el de vaca; más habiendo sido repugnado este último, determiné que se volviera al uso del primero, y que además se diera la leche de burra, que la enferma también repugnó, optando más bien por la de cabra, á que fué preciso así mismo renunciar, pero que sin embargo dieron tiempo é influyeron de tal modo en las fuerzas digestivas que despues de abandonadas, ocupó sin inconveniente el sopicaldo el lugar de ellas, estableciéndose por su medio una más ancha base alimenticia que me hacia confiar en la curacion.

Y ¿cómo no esperarla, cuando despues de dos meses de inútiles tentativas veia establecerse la tolerancia en aquel estómago tan rebelde hasta entonces á toda clase de tratamiento? No me equivoqué por cierto: al sopicaldo se agregaron sin dificultad las leches, que antes de él fueron desechadas, y más tarde los pescados blancos, hasta entrar en el uso de la carne de ave; todo lo que probaba el cambio efectuado en aquella naturaleza tan próxima á derrumbarse. Continuaba sí la fiebre, aunque en débil grado, y también el tialismo, pero disminuido gualmente; y como la orina apareciera con los caracteres normales y todas las demás funciones se desempeñaran bien, era de esperar un arribo completo, con tanta más razon, cuanto no tardaron en reaparecer los dolores reumáticos, ni en recobrar su ritmo natural el pulso, sin que del estado anterior restara más que alguna salivacion. En tal estado me despedí de la enferma á los cincuenta dias de asistencia, no sin recomendarle antes la puntual observancia del régimen que la dejó dispuesto.

Empero quiso mi buena ó mala suerte que no tardará mucho en volver á ser avisado. Un sobresalto que á los pocos dias de retirarme esta señora tuviera, hizo indispensable mi vuelta. Tuvo lugar aquel cuando principiaba á cuidar de las cosas de su casa, y fué tal la impresion que en ella hizo, que desde entonces se puso temblorosa, sin que la fuese dado disponer de ninguno de sus remos. Habia necesidad de cogerla en brazos para meterla y sacarla de la cama, y de darla con la mano o que tomaba; la calentura habia reaparecido con un vigor innusitado, marcándose sus recargos muy intensamente; la sed se despertó de nuevo; la lengua se cubrió como antes de una crápula blanquecina, y el interior de la boca de pequeñas úlceras, que se hacian dolorosas con el paso continuado de la saliva; la orina volvió á ponerse como antes estaba, y los dolores de las articulaciones desaparecieron, sin quedar de ello el menor vestigio. Como se ve muy bien, todo lo adelantado se habia perdido, y si difícil fué al principio oponerse á los progresos del mal, mucho más debia de serlo en esta ocasion, cuando los recursos de la vida se hallaban tan agotados. Mas con todo, no por eso desesperé, y volviendo á poner mano á la obra, dispuse que se diera á la enferma una bebida ligeramente antiespasmódica y el caldo que también la sentara la otra vez; que se la pusieran cataplasmas sinapizadas en las rodillas y en los tobillos; y que se tuviera el mayor cuidado en apartar de ella todo cuanto fuera capaz de sobreexcitar su conmovido espíritu.

Pero ¡oh incomprensibles arcanos de la naturaleza! La pocion medicinal que pareció convenirla, la produjo un efecto fatal, y fué causa de que devolviera el caldo que poco antes habia tomado. Hubo, pues, necesidad de renunciar á ello, porque en vez de moderar el temblor

se hizo más graduado, y despertó los vómitos hasta entonces contenidos. En su lugar se dió un cocimiento de flor de malva ligeramente azucarado, y gracias á él los sufrimientos se calmaron y aquel estómago, tan caprichoso como excitable, volvió á admitir el alimento acostumbrado en la forma y graduacion ya conocidas. Esta vez no fué difícil acertar con el plan adecuado, pero fueron tantas las altas y las bajas porque el padecimiento pasó por las intemperancias en el régimen, que sería punto menos que imposible el referirlas. Faltábanme ya las fuerzas para sufrir tanta contrariedad en mis prescripciones, viendo á cada momento desvanecerse las ilusiones que concibiera de una próxima curacion; pero tenia formal empeño en conseguirla, y á proporcion que las dificultades para alcanzarlo eran mayores, mi celo se reoblababa. No en vano, al fin, luché con ellas, pues al cabo de un tiempo que no bajaria de un mes, volví á dominar la enfermedad siguiendo el propio método con que antes fuera vencida. Mas ¡oh, que también esta vez el triunfo que habia alcanzado fué tan efímero como el anterior!

(Se concluirá.)

PRENSA MÉDICA EXTRANJERA.

La traqueotomia temporal.

La penetracion de la sangre en las fáuces y vías aéreas es seguramente uno de los mayores peligros que puede temer el cirujano, cuando opera en la cavidad bucal y las fosas nasales. Los accesos de sofocacion que entonces sobrevienen, han producido en algunos casos la muerte. Por eso se ha aconsejado en las operaciones cruentas que se practican en las vías aéreas superiores, no exagerar la accion de los anestésicos, y algunos autores la han rechazado completamente en algunos casos difíciles.

¿Es posible aceptar esta regla de conducta, quitar un pólipo naso-faríngeo, un maxilar, sin que se aproveche el paciente de una de las más bellas conquistas de la cirugía moderna, cual es la anestesia? El cirujano opera con más seguridad y prontitud en un enfermo dormido, circunstancia importante en las operaciones de la cara que dan mucha sangre.

Bajo la influencia de estas ideas se han originado modificaciones importantes en las operaciones de esta region, que han permitido usar los anestésicos y sobre todo evitar la entrada de la sangre en las vías aéreas.

El Sr. Verneuil emplea hace mucho tiempo el taponamiento preliminar, en todas las operaciones graves que practica en las fosas nasales. Con el mismo objeto dicho profesor ataca siempre de fuera á dentro las diversas producciones morbosas de los labios, y mejillas, y no toca la mucosa bucal hasta el último momento de la operacion, toma las mismas precauciones cuando tiene que quitar una parte ó la totalidad de un maxilar.

Nussbaum de Munic, ha creído que debe avanzar más sin criticar ahora su conducta, que ha debido ser impuesta por condiciones especiales, notemos sin embargo, que la traqueotomia preliminar es por sí misma una operacion demasiado grave para que deba preferirse al método de Verneuil.

Sin embargo, hay que confesarlo, si no se puede pensar en hacer la traqueotomia preliminar en los casos de estirpacion del maxilar superior, quizá esté indicada en los casos de estirpacion de un tumor voluminoso de la base de la lengua. El magullamiento, método mejor que poseemos para la ablacion de estos tumores, va sin embargo acompañado de hemorragias, que se verifican tranquila y lentamente cuando el enfermo está cloroformizado, y que son mucho más temibles cuando el paciente es de edad, grueso y su circulacion se hace mal. Si se verifica en este caso una hemorragia en apariencia insignificante, la sangre se introduce en las vías aéreas ó se coagula á su entrada, y el enfermo se asfixia. La tra-

queotomia
malas cond
Langen
que él desig
dea; el mis
cuello que i
glotis.

Es evid
cada la tra
vechar la
soluta una

El Sr. M
de 20 años,
xilar super
gias que la
do penetra
Cloroformiz
colocó una
mizacion p
sobre la fa
maxilar su
no podía p
racion, la
boca.

Envenena

Dos eje
deja de te
en el trata

En u
ya herida
fénico, se
pleó este
miento, t
lar, enfria
y colapso

Se sus
su lugar
el colapso
hizo reap
rido esto
á una in
agente; l
la curaci

El Dr.
mejantes
fénico, en
los vómit

Estos
cilmente
mucho.

V

El Sr.
de un vi
un jóven
ha tenido
esta mala
mente, l
mente u

Para
de la vi
Jaeger.
ximame
dinario.

De e
vacion,
cia de 1
tienen
pero bie
do crista
en nada
es comu
dadera

Los
conform
ce á la
mayor
complet
este dia
lado un
circulan

queotomía preliminar estará quizás indicada en tan malas condiciones.

Langenbeck recomienda también la traqueotomía, que él designa con el nombre de faringotomía subhioides; el mismo autor la preconiza en las heridas del cuello que interesan al mismo tiempo la glotis y la epiglottis.

Es evidente que en los casos dichos puede estar indicada la traqueotomía preliminar; lo importante es aprovechar la indicación; no conviene erigir en regla absoluta una conducta de este género.

El Sr. Nussbaum cita la observación de una joven de 20 años, que tenía un sarcoma voluminoso en el maxilar superior. Estaba tan debilitada por las hemorragias que la producía, que se esponía a sofocarse cuando penetraba en la laringe la menor cantidad de sangre. Cloroformizada la enferma se hizo la traqueotomía, y se colocó una cánula en la tráquea; se continuó la cloroformización por el orificio de la cánula; y se colocó después sobre la faringe una tela doblada en cuatro. Se quitó el maxilar superior, la sangre detenida por la compresa no podía penetrar en las vías aéreas; concluida la operación, la enferma respiró de nuevo por la nariz y la boca.

Envenenamiento por la aplicación local del ácido fénico.

Dos ejemplos desgraciados han demostrado que no deja de tener sus inconvenientes el uso del ácido fénico en el tratamiento de las heridas.

En un enfermo operado de resección del codo y cuya herida se curaba con una dilución tenue de ácido fénico, se producían regularmente, siempre que se empleó este medio de curación, fenómenos de envenenamiento, tales como escalofríos, pulso pequeño e irregular, enfriamiento de la piel, alteración de la fisonomía y colapsos.

Se suspendieron las curas con el ácido fénico, y en su lugar se aplicaron cataplasmas; en pocas horas cesó el colapso; pero una nueva aplicación del ácido fénico hizo reaparecer los fenómenos dichos. Habiendo ocurrido esto mismo por tercera vez, el cirujano lo refirió á una intoxicación, y abandonó definitivamente este agente; la supuración fué abundante; pero se efectuó la curación sin repetirse dichos fenómenos.

El Dr. Lightfoot, ha tenido noticia de accidentes semejantes, pero más débiles, á consecuencia del ácido fénico, en otros hospitales y en particular ha indicado los vómitos pertinaces.

Estos síntomas complexos podrían confundirse fácilmente con los de la pioemia, á los cuales se parecen mucho.

Vicio de conformación del iris en ambos ojos.

El Sr. Fano, se ha ocupado en su consulta particular de un vicio de conformación del iris en ambos ojos, en un joven de veinte años, de oficio cincelador. Nunca ha tenido, como suele decirse, buenos ojos, y á pesar de esta mala disposición, sus padres, como sucede generalmente, le han dado una ocupación que exige precisamente una vista fina y sólida.

Para asegurarse de que existe en él una disminución de la visión no hay más que presentarle la escala de Jaeger. No lee más que el número 7, que equivale próximamente á los caracteres de imprenta del tamaño ordinario.

De este primer examen resulta además otra observación, y es que para leer, coloca el libro á la distancia de 12 centímetros y no á 30 como lo hacen los que tienen vista normal. Pudiera creerse que es miope; pero bien pronto nos desengañaremos; porque usando cristales cóncavos de varios números, no se mejora en nada la visión. Hay, pues, una miopía falsa, lo cual es común en todos los que tienen una disminución verdadera de la visión.

Los ojos tienen una expresión rara, debida al vicio de conformación de que están afectados, el cual pertenece á la misma clase en ambos ojos; pero es en grado mayor en el derecho. En efecto, en el izquierdo falta completamente el iris en todo el cuarto interno de este diafragma. Parece que se ha practicado en este lado una gran iridectomía. La pupila, en vez de ser circular, es oval, con la estremidad gruesa del óvalo en

la parte interna del limbo de la córnea. Esta abertura no presenta ninguna contractilidad, conserva las mismas dimensiones bajo la influencia de una luz viva que de una débil; el color del iris es gris verdoso.

En el ojo derecho no se percibe del iris más que una lengüeta ó limbo, de tres cuartos de milímetro de ancho, que solo ocupa cerca del tercio externo é inferior de la circunferencia de la pupila; esta lengüeta es oscura en la porción superior, gris en la inferior; por este lado tiene la pupila una anchura excesiva.

En ambos ojos, los medios refringentes son transparentes; sin embargo, en el izquierdo se observa que existe una opacidad cristalina profunda, que ocupa el tercio interno de la lente. Las papilas ópticas no presentan ninguna alteración, tienen las dimensiones comunes; las retinas están sanas, las coroides son escasas de pigmento, lo cual permite ver en ciertos espacios los vasos de estas membranas.

Así, pues, existe un vicio de conformación de ambos iris que se llama *irideremia*. Se dá en efecto este nombre á la falta total ó parcial del iris. Se conocen tres variedades, segun la extensión de la pérdida de sustancia; cuando se limita á la parte central ó circumpupilar del iris, se dice que hay *platicoria*; consiste en la falta de un segmento de círculo comprendido entre la pupila y el ligamento ciliar; cuando el iris falta completamente se dice que hay *irideremia total* ó *aniridia*; ¿Puede algo el arte contra estos vicios de conformación?

A primera vista parece natural creer en que los casos de *irideremia*, teniendo la pupila grandes dimensiones se puede con alguna ventaja aconsejar el uso de lentes llamados de *midriasis*, lentes compuestos de placas provistas de un agujerito en su centro. Es un medio que mejora la visión en aquellos que tienen una verdadera *midriasis* esencial, es decir, aquellos en que la pupila se dilata accidentalmente, sin que exista ninguna afección de la retina, porque entonces la lente de *midriasis* sirve para corregir un fenómeno de refracción anormal del ojo; refracción debida á que los rayos luminosos atraviesan porciones de cristalino por las que no pasan en condiciones ordinarias. Pero los lentes de *midriasis* tienen por efecto disminuir la cantidad de luz que llega al fondo del ojo, es decir, aminorar el excitante de la retina; y si, como sucede en los sujetos afectados de *irideremia*, hay ya una disminución absoluta de la visión, esta será peor aun con lentes de *midriasis*. Esto es precisamente lo que ocurre en el enfermo en cuestión.

Sin razón, pues, se han aconsejado los lentes de *midriasis* indistintamente en todos los individuos afectados de *irideremia*.

¿Qué debe pues hacerse? Recomendar algunas fricciones espirituosas al rededor de las órbitas para estimular la vitalidad de la retina; aconsejar que no se gaste la fuerza nerviosa de esta membrana con un trabajo muy asiduo; evitar al ojo la impresión de una luz muy viva, recomendando usar en pleno día lentes ahumados sin número.

Extracción de un alfiler introducido en la uretra de un niño de 7 años, por el procedimiento de BOINET, por el Dr. TIGIER.

Hé aquí un caso que rara vez se observa en la práctica, y que dicho señor ha comprobado.

Un niño dice, de 7 años se había introducido en la uretra un grueso alfiler el día anterior. El niño estaba acostado en la cama. La mucosa del meato se presentaba roja é hinchada; el pene y el periné ligeramente tumefactos. El niño sufría poco cuando estaba quieto, pero si se movía, si trataba de orinar, sentía un vivo dolor en el periné. Por lo demás, la expulsión de orina había sido imposible durante la noche; la vejiga llena sobresalía por encima del pubis.

Comprobé que el alfiler, introducido por la cabeza había llegado más allá de la porción recta de la uretra. ¿Cómo extraerle? Confieso que encontraba muchas dificultades, pero felizmente recordé haber leído en otro tiempo una observación de Boinet, que hizo la extracción de un alfiler en un joven, por un procedimiento al que debe darse su nombre. Este procedimiento consiste en perforar el conducto de la uretra de dentro á fuera

con el cuerpo extraño agudo introducido, hacerle mover y extraerle en fin por el meato urinario.

Introduje el índice de la mano derecha en el recto, con el objeto de servirme de él como punto de apoyo y de descubrir también la situación de la cabeza del alfiler, que me era imposible sentir al través de las partes blandas de la región perineal. Sentía solo la punta delante del escroto; no me fue fácil conseguir el objeto de mi exploración. Tomando entonces fuertemente con la extremidad del índice la parte anterior del recto y comprimiendo de atrás adelante con el pulgar sobre el periné, hice volver la punta del alfiler contra la pared inferior del conducto uretral; dirigiendo entonces bruscamente hacia arriba el pene cogido entre el índice y pulgar de la mano izquierda, la punta del alfiler perforó el conducto; le cogí con las pinzas y retiré hacia afuera las tres cuartas partes del cuerpo extraño. Dirigí después la punta hacia la raíz del pene; y empujando de atrás adelante, no tardé en coger la cabeza que se presentó en el meato.

El alfiler extraído tenía cinco centímetros de longitud.

Se metió al niño en un baño y orinó fácilmente. Se aplicaron compresas frías en el pene y escroto. Al siguiente día el niño estaba bueno y alegre.

He aquí un medio sencillo y poco doloroso, con el cual se puede sin ningún instrumento extraer los cuerpos extraños agudos del conducto de la uretra. El procedimiento de Boinet es muy ingenioso y presta un buen servicio. ¿Por qué no se describe en las obras de cirugía? Bueno es que todos los prácticos le conozcan, y por esto publicamos este caso, que puede serles útil en alguna ocasión.

Sobre el uso del cloral en los enagenados, por el Sr. H. VAN HOLSBECK.

A pesar del gran precio del cloral (4 francos los 30 gramos), hemos querido experimentar sus efectos hipnóticos en 25 enfermos del asilo de enagenados de Evere afectados, uno de *delirium tremens*, y otros de manía ó de lipemania, y todos con insomnio pertinaz.

Hemos elegido el hidrato de cloral, y le hemos administrado con la cerveza á la dosis de 4 á 6 gramos, en dos veces con intervalo de media hora.

Hemos observado que sobrevenía generalmente un cuarto de hora después de la ingestión del medicamento un sueño profundo, semejante á la muerte, más pronto y más completo en los individuos nerviosos y tranquilos que en los muy agitados; que todas las partes del cuerpo se hacen insensibles al dolor, excepto la mucosa del tabique nasal, punto que importa conocer y que no debe perderse de vista cuando el enfermo ó el operado sometido á la cloralización esté en peligro de áxísis; que el sueño obtenido con el cloral es tranquilo y reparador; que no tiene los inconvenientes de los narcóticos y que no deja como consecuencia pesadez de cabeza; en fin que se establece la tolerancia generalmente á los tres ó cuatro días, y que determina dolores epigástricos muy fuertes, náuseas, y lipotimias con sudores abundantes.

Resulta del uso comparativo que hemos hecho del cloral y del cloroformo, que este último es preferible en los enagenados con gran excitación psíquica, y en los que es grande la agitación muscular.

Podemos declarar que el cloral administrado convenientemente, es un medicamento precioso que se empleará con éxito en los casos determinados.

FORMULARIO.

POCION DIAFORÉTICA.

Acetato de amoníaco.....	30 gramos.
Hidrolado de flores de naranjo....	30 —
Infusion de tila.....	120 —
Jarabe de las cinco raíces.....	60 —

Para tomar á cucharadas cada hora.

PASTILLAS VERMÍFUGAS.

Santonina pulverizada.....	10 gramos.
Resina de jalapa.....	0 gr. 50 cent.
Chocolate.....	90 gramos.

Para hacer pastillas de un gramo. Se da una por la mañana á los niños de uno ó dos años, y dos ó tres á los de más edad.

POMADA RESOLUTIVA. — Gueneau de Mussy.

Clorhidrato de amoníaco.....	2 gramos.
Alcanfor.....	1 —
Manteca.....	30 —

Mézclese: para fricción mañana y noche en los ganglios inflamados, en los casos de adenitis subaguda.

LINIMENTO CONTRA LA FISURA DEL ANO. — Van Holsbek.

Glicerina.....	16 gramos.
Acido tánico.....	1 —

Se moja en esta disolución una mecha más ó menos gruesa, que se introduce en el recto dos veces al día. Con esta preparación se han curado fisuras de ano que habían resistido á la división del esfínter.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

La JUNTA DIRECTIVA ha recibido de la de APODERADOS el siguiente acuerdo, para su promulgación como ley de la Sociedad.

JUNTA DE APODERADOS.

Conviniendo la Junta de Apoderados en la necesidad de acomodar á la legislación especial del MONTE-PIO FACULTATIVO la institución política del matrimonio civil establecida recientemente en el Estado, y conforme con lo propuesto por la Comisión de gobierno en vista del dictamen de la junta Directiva, previamente asesorada del vocal letrado de la misma, aprueba el siguiente acuerdo, en uso de las facultades que la competen por el art. 43 de los *Estatutos*, como caso no provisto en la constitución social.

ACUERDO.

Considerando que el MONTE-PIO FACULTATIVO como sociedad particular, libre y voluntaria, es árbitra de establecer en sus *Estatutos*, con arreglo á lo que en los mismos se determina, las condiciones que juzgue más convenientes á sus fines moral y benéfico, siempre que no ofendan á la moral pública ni estén en abierta oposición con las leyes del Estado;

Atendiendo á que el matrimonio canónico constituye en nuestros *Estatutos* el fundamento legítimo del derecho á las pensiones de viudedad y de orfandad, habiendo ingresado bajo este principio todos los socios actuales y siendo libres de aceptar ó no esta condición los que pisen ingresar en lo sucesivo;

Y considerando que tan sólido fundamento no solo satisface completamente el fin moral de nuestra Sociedad filantrópica, si no que se halla firmemente establecido contra los embates de todos los cambios políticos, tan frecuentes por desgracia en nuestro país, la Junta ratifica el matrimonio canónico como fundamento del derecho á pension de viudedad y orfandad que viene rigiendo en la Sociedad desde su principio.

Pero en atención á que el Estado ha instituido el civil como base general del derecho de sucesión en las familias, con independencia del religioso;

Y á fin de evitar, con este motivo, cuestiones que pudieran surgir en la Sociedad en circunstancias particulares, acuerda así mismo, que se exija para los derechos expresados de viudedad y orfandad además del matrimonio canónico, el civil que rige en el Estado, tanto á los socios que ingresen como á los actuales que cambien de estado.

Considerando, por otra parte, que el espíritu de los *Estatutos* en la duración de las pensiones de viudedad y orfandad, tiende de un modo ostensible á que las viudas desamparadas y los huérfanos desvalidos disfruten el haber que en la Sociedad les corresponda, solo mientras por cambio de estado, sea por matrimonio ó por profesión religiosa, no encuentren modo de hallar atendida su subsistencia, en cuyo caso caduca la pensión según se previene en el art. 18 de los mismos;

Y teniendo en cuenta que la Sociedad debe quedar á cubierto de abusos que pudieran cometerse contra el expreso espíritu y letra de los *Estatutos*, en vista de la citada disposicion, si algun pensionista de las clases indicadas contragara solamente matrimonio civil ó religioso, se declara así mismo que las pensiones de viudedad y orfandad caducarán cuando los que de ellas disfruten cambien de estado, por matrimonio, cualquiera que sea la forma en que se hiciere, ó por profesar en alguna orden religiosa.

Y por último, en vista de las anteriores aclaraciones, la Junta acuerda tambien que se exija para la solicitud de pensiones de viudedad ó orfandad, lo mismo que para acreditar la continuacion del derecho en las épocas establecidas para los pagos de los pensionistas, los documentos que hagan constar el derecho con arreglo á las expresadas disposiciones.

Por lo tanto, la Junta de Apoderados aprueba las siguientes disposiciones, ampliatorias de los *Estatutos* las dos primeras y reglamentarias las dos últimas, para que rijan como ley de la Sociedad.

DISPOSICIONES AMPLIATORIAS.

I.

Para los efectos de los *Estatutos* del MONTE-PIO FACULTATIVO en lo tocante á la declaracion de pensiones de viudedad y orfandad, se entenderá, como hasta ahora ha regido, que el matrimonio canónico constituye el fundamento del derecho á las pensiones de dichas clases; requiriéndose además, en las procedentes de nuevos socios y en las de los actuales que cambien de estado despues de la promulgacion de este acuerdo, el contrato civil que la ley del Estado exige al presente para el derecho de sucesion en las familias.

II.

Las pensiones de viudedad y de orfandad caducarán, segun se determina en el art. 18 de los *Estatutos*, al cambiar de estado los que las disfruten por matrimonio, bajo cualquiera forma en que se hiciere, ó por profesion en alguna orden religiosa.

DISPOSICIONES REGLAMENTARIAS.

I.

Todo el que se considere con derecho á pension en el MONTE-PIO FACULTATIVO, deberá acreditar su estado de viudedad ó de soltería en lo sucesivo, con la certificacion del párroco á cuya feligresía pertenezca, y con la de la autoridad civil á quien corresponda.

II.

Las Juntas Delegadas, al rendir á la Directiva las cuentas semestrales, remitirán con las nóminas de pensiones los documentos que los pensionistas hayan presentado á su tiempo para acreditar la continuacion de su derecho al percibo de los haberes que tengan declarados, debiendo constar en ellos el juicio de suficiencia y conformidad de las expresadas Juntas, en virtud de lo prescrito en los arts. 52, 53 y 54 del *Reglamento*.

Madrid 22 de Diciembre de 1870.—El presidente, *Leon Anel*.—El secretario, *Manuel Lopez Laza*.

Y la Junta Directiva, lo promulga para que rija en la Sociedad desde el día de su publicacion.

Madrid 30 de Diciembre de 1870.—El presidente, *Tomás Santero y Moreno*.—El secretario general, *Estéban Sanchez de Ocaña*.

JUNTA DIRECTIVA.

Con arreglo á lo dispuesto en el art. 26 de los *Estatutos* y á lo prevenido en el 76, se halla abierto el pago del 21.º dividendo desde el día 1.º de Enero del año próximo de 1871, en las Tesorerías de las Juntas delegadas, para los socios comprendidos respectivamente en ellas, á cuyo efecto se han remitido con oportunidad á las delegadas los cargaremes y cartas de pago correspondientes; quedando así mismo abierto el pago para los socios pendientes del de cuota de entrada.

Madrid 30 de Diciembre de 1870.—El Presidente, *Tomás Santero y Moreno*.—El Secretario general, *Estéban Sanchez de Ocaña*.

SECRETARIA GENERAL.

Anuncios de admision.

La Junta Directiva, en uso de sus atribuciones, ha declarado socios de este *Monte-pio* á D. Juan Barandiarán, profesor de Medicina, residente en Ondarroa (Vizcaya), con seis acciones de segunda clase; y á D. Mariano Subirachs y Clará, abogado, residente en Vich (Barcelona), con diez acciones de segunda clase.

Lo que se publica para conocimiento de la Sociedad. Madrid 22 de Diciembre de 1870.—El secretario general, *Estéban Sanchez de Ocaña*. (2)

Declaracion de pensiones.

La Junta directiva, en uso de sus facultades, ha declarado pensionistas de este *Monte-pio*, á doña Eustasia Gomez y Azofra, viuda del socio don José María Blanco, con el haber anual de 1.800 rs.; y á doña Luisa Pariente y Lopez, viuda del socio D. Daniel de Soto y Barrera, con el haber de 3.600 rs. anuales. Tambien ha declarado subrogada en Doña Amparo Navarro y Delgado la pension que venia disfrutando su madre Doña Anastasia Delgado y Ramirez, viuda del socio D. Mariano Navarro Cantalapiedra.

Lo que se publica para conocimiento de la Sociedad. Madrid 22 de Diciembre de 1870.—El secretario general, *Estéban Sanchez de Ocaña*. (2)

VARIEDADES.

CARTAS PRUSIANAS.

Berlin 6 de Diciembre de 1870.

No hace muchos días en mi anterior encarecia las medidas que se habian tomado para poner el lazareto en términos de poder resistir bien los rigores del invierno, hoy debo decir que han sido los resultados muy satisfactorios, por más que esté todo cubierto de nieve y baje continuamente el termómetro.

Las enfermedades que ahora más se presentan son, la disentería, el reumatismo, y el tífus, atacando no solo á los heridos que aqui existen, si que tambien á los que de otros puntos nos llegan.

Háse planteado por fin la orden del ministro de la Guerra, segun la cual se dispone se pongan aparatos de calefaccion dentro de los wagones para el transporte de los heridos.

Todos los días recibimos comisiones compuestas de médicos que envian sus gobiernos respectivos, para sacar producto de los adelantos de que ha sido objeto la medicina, y que al parecer salen muy satisfechos gustándoles mucho el lazareto bajo todos los puntos de vista, habiéndome proporcionado trabar relaciones con los comisionados de Suecia y Noruega, los cuales [efecto de haber viajado por España, hablan bastante bien nuestra lengua.

En mi última me detuve un instante sobre uno de los medios más empleados hoy día en la medicina moderna para el diagnóstico, que es la termometría, mientras que mencioné ligeramente los demás; en esta me detendré sobre uno de los medios terapéuticos que más rechaza hoy día la ciencia, que es la sangría, mientras que yo referí ligeramente los que más en uso estaban.

No pretendo formar de ello un artículo, solo de paso dilucidar este punto, tanto más necesario por el abuso que en general hacen de la sangría los médicos españoles particularmente en Cataluña y Valencia.

Al recorrer la historia de la medicina, vemos á la sangría casi siempre representar un gran papel, y sobre

todo la escuela de Broussais se vale de ella en los más de los casos.

Hasta el siglo V nadie ponía en duda que la sangría ejercía una saludable influencia en muchas enfermedades y que en ciertas otras era indispensable é imprescindible.

Aun hoy día entre viejos prácticos, y los partidarios de Broussais se encuentran quienes defienden la sangría.

Es por lo tanto de mucha utilidad el planteo de dicha cuestión, el observar los efectos fisiológicos y patológicos que ella produce, y finalmente que objeto nos proponemos con su empleo.

Felizmente cuenta hoy la ciencia con bastante caudal de experimentos con que poder contestar.

Dos órdenes de experimentos nos pueden aclarar la cuestión, unos fisiológico-químicos, otros puramente clínicos.

Dumas, Prevost, Zimmerman, examinaron los diferentes depósitos de sangre sacados de un mismo individuo, ya en el hombre, ya en los animales, en un espacio de tiempo dado; demostrando luego que la sangre se hacía cada vez más pobre en glóbulos rojos al par que se regeneraba pronto en su parte líquida; lo propio se encuentra consignado por Andral y Gavarret. (1).

Hoy día, recientemente Talmatscheff en Basan ha demostrado lo mismo en los perros practicándoles en un espacio de tiempo algunas sangrías; teniendo cuidado de pesar el perro cada vez antes de practicar otra, ha visto que los perros habían perdido parte de su peso, habían enflaquecido, perdido el apetito y por último morían, he ahí con esto expuestas las investigaciones fisiológico-químicas.

Pasemos al terreno clínico, que en último resultado debe ser el juez que debe guiar al médico práctico.

Con motivo de sorprender al público alemán, y á los profesores de la Universidad de Viena sobre todo, las curaciones felices y brillantes que la homeopatía había obtenido en las pulmonías, se suscitó la idea de que tal vez solo eran debidas á la espectación, por lo que se destinó una sala de pneumoniacos, para ser tratados por lo que en medicina llamamos espectación, poniendo en otra un número igual para ser tratados por el método antiguo.

Dietel en 1848 se encargó de estas observaciones (2), y poco despues se publicó el resultado siguiente: los enfermos tratados por las sangrías sufrieron el triple de mortalidad que los tratados por la espectación, y además los que sobrevivieron á las sangrías tuvieron la enfermedad más pesada y más larga.

Recientemente ha hecho Louvain en el hospital St. Antoine, en París, una serie de observaciones á cual más interesantes, tituladas: *Des effets physiologiques des hemorrhagies spontanees ou artificielles* (1); con ellas demuestra que muchas veces la sangría, ya espontánea, ya artificial, no hace más que empeorar al enfermo, y que si bien de pronto parece rebajar la temperatura, no es sino para volver á subir despues; y concluye diciendo que los resultados de este accidente solo son ilusorios y de poca duracion, y exhortando al médico á que no confunda los fenómenos propios de una enfermedad con los efectos de una medicación.

(1) *Annales de Chimie et de Physique*. Paris 1840, tom. 75, pag. 286.

(2) *Manuel d'Anatomie et Physiologie par Robin*. Paris

Con esto queda probado que ni la fisiología ni la clínica nos favorecen para el empleo de una sangría.

Modernamente se dice que la sangría rebaja la temperatura del cuerpo, lo que niegan los experimentos de Lorrain, y aunque así fuera, ¿no tiene hoy la medicina agentes poderosos para lograr este objeto, tales como los baños frios, la quina, la digital, la veratrina, el alcohol, etc.? Y si las doctrinas de los principales contemporáneos de Alemania sirven de algo para dar fuerza á esta opinion, diré que á ella se adhieren Runne, Lebert, Niemeyer, los dos profesores de clínica de Berlin, Traube y Frerichs y otros.

Sin embargo, todos los autores citados confiesan que no cuenta la medicina hoy día con medios suficientes para poderse desprender del todo de ella; tal es por ejemplo el caso de un fuerte edema activo del pulmon, ó sea más propiamente, como Virchow le llama, fluxion, que acompaña á ciertas enfermedades febriles; y aun en el campo de batalla ha servido en algun caso en operaciones quirúrgicas produciendo buenos efectos, debiendo aun confesar, que uno de los líquidos que más pronto se regeneran es la sangre. Reasumiendo, repetiré, que su uso es rarísimo en Alemania, y que ni la he visto ni practicado en el lazareto.

Como una de las enfermedades que con más frecuencia hoy día se presentan, podemos citar el *típhus*, por lo cual merece ser bien estudiado bajo todas sus formas; á esto voy ahora á destinar algunas líneas, dando cuenta de los casos que en el lazareto se han presentado, explicando el tratamiento especial que se ha empleado.

En el grupo de barracas perteneciente al Gobierno, solo hasta la fecha hemos tenido ocho casos; pero he observado otros ocho en una barraca de las del municipio, y además por medicos de otros lazaretos que han venido á Berlin con el trasporte de heridos, estoy enterado del tratamiento y de los resultados que ellos han obtenido.

Es de notar que el tífus abdominal ha sido más numeroso que el exantemático, pero el tratamiento principal ha sido el mismo.

El tratamiento empleado es el hidroterápico, sobre el cual algo dije en mis anteriores; fué puesto en práctica por primera vez en Stettin por Brand; usado posteriormente con grandes resultados por Stromeyer, Es-march, etc., se puede asegurar ser el que nos produce el mayor número de curaciones, pues las últimas estadísticas solo han dado de 3 á 5 por 100 de mortalidad, creyéndose que aun habrá disminuido en la compañía actual.

El objeto principal que se quiere obtener con este tratamiento es el rebajar ó robar constantemente el calor excesivo que caracteriza casi á estas enfermedades; evitando consecutivamente esa multitud de síntomas nerviosos cerebrales y gástricos, que se presentan durante el curso de la enfermedad, originados indudablemente por esa gran elevación de temperatura, como lo prueba á *posteriori* el mencionado tratamiento.

Las reglas que para su planteamiento deben seguirse son las siguientes:

- 1.º Disponer el agua á muy bajas temperaturas para bañar al paciente.
- 2.º Se debe medir muchas veces durante el día la temperatura, y cada vez que se vea marca esta desde

(1) *Der etderlass in den Sourgen Entzündung*. Wien 1843.

32°, y según otros 40° C. dar un baño general al enfermo, aunque tenga que sufrir 16 en un día.

3.° La duración del baño debe estar en relación con la fiebre y temperatura que presente el enfermo: por término medio es desde 5 á 12 minutos, y la temperatura del agua de 5 á 10, cuidando de no dejarse guiar por lo que diga siente el paciente.

4.° Después del baño se debe secar bien todo el cuerpo, especialmente los pies y sus dedos, pues suelen los enfermos sentir en esa parte fuertes dolores, por lo que si ha sido muy frío el baño se deben envolver los pies en paños calientes.

2.° No se debe tener en cuenta tampoco, ni la estación del año ni la temperatura atmosférica.

Aunque en el norte de Alemania no se emplea apenas para baños el procedimiento de Zimssen, lo citaré porqueno está contraindicado. Este médico, en lugar de meter al paciente de pronto en un baño de 5 á 10 que emplea agua 5 grados más baja que la temperatura gradostiene el paciente, y añade agua fría hasta la baja temperatura ya citada. Se da al propio el sulfato de quinina, porque rebaja mucho la fiebre y también la temperatura. Para esto se propina de 1 á 2 gramos por la noche: sin embargo, autores como Niemeyer, prefieren pequeñas dosis de uno ó dos granos algunas veces al día.

Se debe procurar que la ventilación sea la más completa, y si es posible al aire libre dentro de una simple barraca, tal como hemos practicado en el lazareto.

Para evitar los funestos efectos del decúbito, debe el enfermo estar echado sobre una grande almohada llena de agua fresca, y renovarla á menudo.

Todo cuanto digera con relación á la limpieza sería poco para demostrar su importancia.

Tiene no obstante el baño frío una contraindicación, y es en la perforación intestinal, y en caso de serias hemorragias también del intestino; pues en estas circunstancias debemos concretarnos á aplicaciones de hielo sobre el abdomen, ó de paños de agua muy fría cada cinco minutos, ayudadas por altas dosis de ópio, que se propinan interlormente.

Modernamente un profesor de la Universidad de San Petersburgo, el D. Tschudnowsky, ha publicado un síntoma cierto para poder conocer con anticipación la perforación intestinal, pues según sus observaciones se presenta siempre unos 15 días antes de la peritonitis consecutiva al accidente, un ruido anórico en la parte, percibido por la auscultación, que sigue á los movimientos respiratorios, debido á la salida de los gases intestinales durante la inspiración y á su entrada otra vez durante la espiración.

En otro caso debemos también modificar el proceder, y es el de presentarse síntomas de debilidad del corazón: tales son, el pulso pequeño y filiforme, las extremidades frías en contraste con un ardiente calor en el tronco. En este caso el baño ha de ser á 33 grados y de 30 minutos echando agua fría á lo largo del espinazo, y propinando fuertes dosis de vino ó de aguardiente como los ingleses, todo para obtener fuertes movimientos torácicos; afortunadamente es rara esa complicación en las enfermedades tifoideas.

Tocante á la dieta se debe tener cuidado en alimentar convenientemente, dando mañana y noche tres á seis onzas de leche de vaca recién ordeñada, y durante el día ligeras sopas, tapioca, etc.; pero si lo tolera el estómago, lo mejor es el extracto de carne de

Liëbig, y en cuanto cese la fiebre y tenga apetito el enfermo, se dá carne, y sobre todo vino hasta media botella diaria.

En resumen, se dan baños fríos, para robar el calor del cuerpo, buena alimentación y aire puro para respirar.

Para lo último me he reservado hablar en especial de los casos de tífus que hemos tenido en el lazareto. En ellos he observado que, aunque desde un principio parecía la enfermedad desenvolverse con todas sus complicaciones, háse presentado al contrario luego muy sencilla y benigna; apenas se han presentado complicaciones, solo en dos casos síntomas cerebrales de poca intensidad, que han cedido luego con aplicaciones tópicas de hielo; tampoco complicaciones gástricas, pues siempre han tenido buen apetito; las cámaras perdieron luego su fetidez, acercándose á lo normal; descenso de temperatura de pulso y acortamiento de la enfermedad; de los 16 solo ha sucumbido uno, y aun lo hemos atribuido más bien á la gravedad de la herida que tenía. Igual ha sido el tratamiento en todos los lazaretos prusianos, é igualmente satisfactorios sus resultados por lo que he podido informarme. Es de advertir que no es exclusivo de las enfermedades tifoideas, pues se puede aplicar á sus próximos parientes la fiebre amarilla y la peste, si las dichas indicaciones se presentan.

SALVADOR BADIA.

ALMANAQUE MÉDICO DEL MES DE ENERO DE 1871.

Si hubiésemos de calcular el tiempo que había de hacer en el mes que da hoy principio, por el que ha hecho en el que acaba de terminar, no vacilaríamos en anunciar lluvias, heladas, fríos, vientos duros del 1.° y 4.° cuadrante, nubarrones, nieves y pocos días despejados: y posible es que así suceda, porque el temporal que reina en Diciembre suele continuar en Enero. La presión barométrica es casi siempre idéntica con corta diferencia, y la temperatura bastante baja, observándose algunas veces al termómetro tres y cuatro grados bajo la congelación, y haciéndose sentir, como es consiguiente, en toda su intensidad, los rigores propios del invierno.

La fuerte y continuada refrigeración de la atmósfera que como viene dicho reina en Enero, y los desórdenes y excesos que en la alimentación y en las bebidas se hacen en los últimos días de Diciembre, con motivo de las pascuas, dan origen á que sean muy frecuentes las indigestiones y los cólicos á principios de año: así como el intenso frío, las heladas y las lluvias que acostumbra á haber, á que con frecuencia se observen catarros de todas especies, pleuresias, pulmonías, dolores nerviosos y reumáticos, apoplejías y congestiones cerebrales. No dejan de ser comunes algunas hemorragias, entre ellas las hemotisis, centinelas abanzadas de las tísis, las vesánias, y las flemasias de las membranas mucosas y serosas: no es raro el notarse algun caso de erisipelas, anginas, sarampion; y es más que probable que continúen las viruelas, como de cuatro meses á esta parte se viene observando.

En casi todas las enfermedades que vienen indicadas que se observan en Enero, es de rigor para combatirlas valernos de la medicación atemperante y demulcente y de los diaforéticos: y como en las más predomina el elemento flegmático, de aquí los buenos resultados que dá la medicación antiflogística más ó menos graduada, según la dolencia y las circunstancias individuales del enfermo.

Como muchas de las enfermedades que vienen expuestas, las adquirimos por nuestros descuidos ó por los excesos que hacemos en el régimen higiénico, de aquí la necesidad, si tratamos de evitarlas, de atemperarnos al que prescribe la higiene. Los que por su edad, constitución, género de vida y demás circunstancias, propendan á padecer de afecciones cerebrales, procurarán llevar poco abrigo á la cabeza, el vientre más



bien suelto que estreñado, precaviéndose sobre todo del frío seco; pero sin que por eso se crea que abogemos por las habitaciones demasiado calientes: costumbre que produce resultados terribles, y mucho más si rápidamente se pasa á otras que están frías, ó el ambiente de la calle. Deberemos cuidar mucho de las estufas y braseros que deberán estar bien encendidos y pasados, que no tengan olor, ni desprendan la mas mínima cantidad de gas ácido carbónico, y mucho menos permanezcan en las habitaciones en que dormimos.

También procuraremos llevar buen calzado, que no penetre la humedad, y ropas de abrigo bien confortables, particularmente de lana, que trataremos de usar al interior: no nos estendemos en consideraciones de esta especie, porque no hay médico que no las sepa.

Ultimamente, la mortandad en Enero, como las enfermedades reinantes son graves é inmensas, no deja de aumentarse, y más si se agrega que muchas de carácter crónico vienen á terminar de una manera deplorable en este mes.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—El año ha terminado como principió, con un temporal duro, frío, revuelto y con nieves; el termómetro llegó á descender algunas madrugadas á 2-0, así como el barómetro bajó á 25 pulgadas y diez líneas. Los vientos más ó menos fuertes del 1.º y 4.º cuadrante; y la atmósfera con pocos días claros, pues casi siempre estuvo anubarrada, con nubes, cubierta y amenazando lluvias ó nieves.

Continúan predominando las afecciones catarrales y reumáticas: obsérvanse algunas calenturas gástricas y nerviosas; no pocos catarros laringeos, bronquiales y pulmonales; muchas artritis y dolores nerviosos, no escaseando las congestiones hepáticas y cerebrales, anunciándose las primeras algunas veces con anorexia, flatuosidades, borborismos, dolores en los hombros y nuca, y bastante estreñimiento de vientre: y las segundas con cefalalgias más ó menos permanentes é intensas, vértigos de mayor ó menor duración é intensidad, ruido de oídos, disminución de la memoria y atolondramiento. Ha habido por último algunos casos de lumbago, pleurodinias, pleuresias y pulmonías más ó menos graves.

Las viruelas continuaron con la misma intensidad y gravedad que en la semana anterior, produciendo algunas víctimas, que también las ocasionaron algunas afecciones crónicas del pecho, como las tisis, las pleuresias y las neumonías.

Víctimas de la guerra.—Las ocurridas en el ejército prusiano se elevaban hace dos ó tres semanas á los siguientes números. *Muertos:* 2 brigadieres; 16 coroneles; 49 mayores y tenientes coroneles; 115 capitanes; 540 subtenientes y 10,165 soldados. *Heridos:* 3 tenientes generales; 7 brigadieres; 40 coroneles; 98 mayores; 358 capitanes; 1787 subtenientes y 45,965 soldados. *Extrañados:* 1 coronel; 25 subtenientes y 8,094 soldados. *Total:* 3 tenientes generales; 9 brigadieres; 15 coroneles; 147 mayores y tenientes coroneles; 473 capitanes; 235 subtenientes y 64,214 soldados. Elevadas parecen estas cifras; pero si se tiene en consideración que no están en ellas comprendidos los inutilizados y muertos de enfermedades comunes y epidémicas, y que estas son siempre el triplo ó cuádruplo de las pérdidas sufridas en acción de guerra, se tendrá una idea del número de víctimas que ha habido entre los prusianos, el cual unido al de los franceses, es á propósito para sugerir largas reflexiones sobre la locura y la vanidad humanas.

Estragos de la fiebre amarilla.—Para muestra de la funesta influencia del clima de las Antillas en la salud de los europeos, extractamos el siguiente dato de un estado oficial que publica el *Progreso Médico*. «La tripulación del vapor *Hernán Cortés*, compuesta en 1857 de 159 hombres tuvo en tres meses de permanencia en Cuba 129 atacados, de los que murieron 69 y curaron solo 58.

Nombramientos.—En virtud de oposición, han sido nombrados primeros ayudantes médicos del cuerpo de sanidad Militar, con destino al ejército de la isla de Cuba, los licenciados en medicina y cirugía D. Arturo

Gonzalez Garcia Samano, D. José Madridano Herrero y D. Felipe Ovilo y Canales, los cuales se embarcarán en Cádiz para sus destinos el 30 del actual.

¡Allí, y aquí!—Acaba de celebrarse, con el banquete anual de costumbre, el aniversario de la fundación de la Academia de Medicina de Bélgica, y á ese banquete asistió el ministro del interior. Al final leyó este un real decreto nombrando oficiales de la Orden de Leopoldo á los académicos Marinus, de Bruselas, y Crainickx, profesor de la Universidad de Lovaina y caballeros á los doctores Fossion, de Lieja, Lefebere, catedrático de Lovaina, y Depaire catedrático de farmacia en Bruselas.

Un parto extraordinario.—Una pobre mujer, vecinda en la villa de Gracia, junto á Barcelona, ha dado á luz en la anterior semana, primeramente una niña que tenía dos cabezas, tres brazos y una oreja cubierta de vello. Despues parió otra niña robusta y bien formada que vive y es alimentada por su infeliz madre. La primera niña que presentaba tal fenómeno murió á las pocas horas de haber venido al mundo.

Un nuevo antiséptico.—Se ha llamado recientemente la atención, por el Dr. inglés John Gamgee, sobre la poderosa acción antiséptica del hidrato clórico de aluminio, de cuyo agente se dice que iguala, en su acción desinfectante, al cloruro de zinc, sin gozar de ninguna propiedad dañosa ni tener un olor desagradable.

VACANTES.

La de médico-cirujano titular del concejo de Santurce (provincia de Vizcaya), dotada con la cantidad de 14.000 mil reales anuales, á saber, seis mil como titular de pobres, y ocho mil que satisfarán los vecinos y garantiza una Comisión nombrada por los mismos, pagados unos y otros por trimestres. Es de advertir que siendo Santurce puerto de mar acuden en la época de verano numerosos bañistas que necesitan muchos de ellos la asistencia facultativa, teniendo además este pueblo la ventaja de hallarse á la corta distancia de cinco kilómetros de Bilbao, cuyo trayecto recorren diariamente varios coches.

Los aspirantes presentarán al Ayuntamiento copia de sus títulos que es condición precisa hayan obtenido antes del año de 1864, sin perjuicio de exhibir además los documentos que crean conducentes en el término de veinte días contados desde la fecha de la inserción de este anuncio en el *Boletín Oficial* de esta provincia.

Santurce 20 de Diciembre de 1870.—El Alcalde, *Angel de Balparda*. (421)

—La de *médico-cirujano* de Cheste (Valencia); su dotación 1.000 pesetas pagadas de fondos municipales por la asistencia gratuita de 200 familias pobres y las iguales con las pudientes. Las solicitudes hasta el 27 del corriente.

—Las de *médico y cirujano* de Villargordo del Júcar (Albacete) dotadas la primera con 500 pesetas, y con 250 la segunda pagadas por la asistencia gratuita de los pobres, con más 750 pesetas que pagan los dueños de las fábricas contiguas á este pueblo y las iguales con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Serrada (Valladolid), su dotación 1.000 pesetas por la asistencia de 30 familias pobres y 1.500 por la de los vecinos acomodados. Las solicitudes hasta fin del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Navalucillos, provincia de Toledo; su dotación 1.000 pesetas pagadas de fondos municipales por la asistencia gratuita de 200 familias pobres y las iguales con las pudientes. Las solicitudes hasta el 20 del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Labajos, provincia de Segovia, su dotación 750 pesetas por la asistencia gratuita de 61 familias pobres y el igualatorio con los vecinos pudientes. Las solicitudes hasta fin del corriente.

—La de *médico-cirujano* de Escalona, provincia de Toledo; su dotación 1.250 pesetas pagadas de fondos municipales por la asistencia gratuita de 100 familias pobres, y 1.250 por la de los vecinos acomodados. Las solicitudes hasta fin del corriente.

ANUNCIO.

ACEITES DE HIGADO DE BACALAO ASTURIANO,

puro, verdadero, moreno, claro, inodoro é insípido, extraído y garantizado por el farmacéutico de Cudillero, Gonzalez Saenz, de los hígados frescos del género *Gadus*, de efectos cual los médicos desean, siendo un producto español digno de protegerse, cuando tanto abundan los extranjeros, y estando España casi rodeada por el mar. Frascos de 500 gramos, á 50 rs.; y medio 16 rs. El iodo ferruginoso 40, y 22 reales. El de Lija 24, y 14 rs. Depósito central por mayor y menor, Madrid Farmacia de Fernandez Izquierdo, calle de la Ruda, núm. 14. (419)

Imprenta de P. G. Y ORGA.—Blombo 4; MADRID: 1871